

Tema de hoy

Por Eugenio Matus Romo
Doctor en Letras -IPO-



El inolvidable Luis Oyarzún

Acabo de asistir a un acto emocionante: el lanzamiento del **Diario** de Luis Oyarzún, gran amigo, figura inolvidable, es uno de los más grandes y originales intelectuales chilenos del siglo XX. Profesor, más que profesor, maestro, poeta, narrador, filósofo, ensayista, botánico, sabio profundo, humanista integral, marcó varias generaciones de chilenos con la magia de su personalidad.

Conocí a Luis Oyarzún hace unos cuarenta años, en el Instituto Pedagógico. Seguí su curso de Introducción a la Filosofía. Recuerdo la sala repleta. Muchos alumnos debían contentarse con

escuchar asomados en las ventanas. Luis verdaderamente embrujaba a su auditorio con la seductora penetración de su inteligencia y el brillo de su oratoria. Muchos años después lo encontré en Valdivia, donde yo era profesor en la Universidad Austral. Nos hicimos amigos. Luis desempeñaba el cargo de Director de la Extensión Cultural. Intelectual famoso, honrado con las más altas distinciones de nuestro medio universitario (por tres periodos fue Decano de la Facultad de Bellas Artes de la U. de Chile.), admirado y querido por las más altas figuras intelectuales del mundo, desempeñaba su fun-

ción con la modestia y la sencillez de los hombres verdaderamente superiores. Si se trataba de inaugurar una exposición, él mismo se encargaba, con la ayuda de algunos amigos, de colgar los cuadros, y se ocupaba de labores tan prosaicas como encargar las bebidas y los bocadillos para el coctel de inauguración. Qué contraste con la hinchazón y la petulancia de tantos mediocres ridículos encaramados hoy en puestos que no merecen.

En compañía de Luis uno se olvidaba de las distancias generacionales. Si los jóvenes poetas del grupo Trilce, fundado por Omar Lara, daban un

recital, allí iba también Luis y leía sus poemas. Pero su actividad no se limitaba al ámbito puramente intelectual. Apasionado por la naturaleza y profundo conocedor de ella, dio, recuerdo, en Valdivia, una gran batalla en defensa de un árbol, un ejemplar raro y valiosísimo cuya vida estaba amenazada por una construcción que se empezaba a realizar en la vecindad. Luis habló con las autoridades, escribió artículos en el diario, hasta que consiguió lo que quería. Cuando estuve en Valdivia observé, con alegría y emoción, que el árbol seguía en su lugar: el árbol de Luis, como le llamábamos los amigos.

El **Diario** de Luis, es entre otras cosas, un maravilloso himno a la naturaleza, a las flores, los pájaros, las frutas, los ríos, los valles, las montañas de Chile. Todo su corazón de sabio y de poeta está en sus páginas.

Luis murió en diciembre de 1972. Para sus funerales estaban previstos dos discursos: uno del Rector de la Universidad y otro mío, a nombre de los amigos. Nadie pudo decir nada. En el momento en que se depositó el ataúd de Luis junto al nicho, se desató una lluvia como pocas veces he visto en el sur de Chile. El cielo parecía derrumbarse sobre nosotros. "Es lo mejor que

podía haber haber ocurrido", pensé. ¿Qué hubieran valido nuestras pobres palabras ante el homenaje grandioso que la Naturaleza le rendía a Luis con la voz de la lluvia?

El insigne don Jorge Millas dijo después: "Luis Oyarzún ha muerto; es inevitable, pero de nosotros depende no dejarlo sufrir la segunda muerte del olvido". No, Luis Oyarzún no sufrirá esta segunda muerte. Las golondrinas, los treiles, los chucaos, los choroyes, las tórtolas las frutillas del valle de Ocoa, los volcanes y las araucarias de Chile cantarán para siempre su nombre.